

AGRESIVIDAD Y VIOLENCIA DESDE UNA PERSPECTIVA PSICOANALÍTICA

AGGRESSION AND VIOLENCE FROM A PSYCHOANALYTIC PERSPECTIVE

Armando Sánchez Gutiérrez

Colegio Nacional de Educación Profesional Técnica, Guerrero, México.

RESUMEN

La violencia, tanto física como simbólica, ha sido la respuesta de los gobiernos neoliberales en México ante las demandas de equidad y justicia de las masas depauperadas. En tanto, al no considerar que la agresividad forma parte de la estructura psíquica del ser humano, sino que supone una carga ideológica perversa, se caracteriza de terrorista la conducta que estigmatiza a las minorías precarizadas que están alejadas de los privilegios de un sistema capitalista voraz e inhumano, mostrando así una actitud contestataria ante la violencia institucionalizada. En una panorámica desigual, en términos de derechos y desarrollo, donde se han criminalizado las luchas populares en una dicotomía de buenos contra malos, este artículo hace una lectura de materiales mediados por el psicoanálisis que da luz a muchas interrogantes.

Palabras clave: agresividad, psicoanálisis, violencia.

ABSTRACT

Violence, both physical and symbolic, has been the response of neoliberal governments in Mexico to the demands for equity and justice of the impoverished masses. By not considering that aggressiveness is part of the psychic structure of the human being, but rather a perverse ideological charge, behavior that stigmatizes precarious minorities who are far from the privileges of a voracious and inhuman capitalist system is characterized as terrorist, thus showing a rebellious attitude towards institutionalized violence. In an unequal panorama, in terms of rights and development, where popular struggles have been criminalized

in a dichotomy of good versus bad, this article makes a reading of materials mediated by psychoanalysis that sheds light on many questions.

Keywords: *agresion, psicoanalys, violence.*

La violencia siempre pide algo que llevarse a la boca

René Girard

INTRODUCCIÓN

En México, la violencia ha sido la respuesta del grupo en el poder ante las demandas de equidad y justicia de las masas depauperadas. Durante los gobiernos anteriores, el país vivió momentos de represión ante dichas demandas, y hoy, ante la propuesta de resolver los conflictos mediante el diálogo, surgen voces que piden que se haga presente el uso de la fuerza. Ahora bien, ¿qué es la agresividad y la violencia?, ¿cuáles son sus consecuencias en la sociedad? De acuerdo a los datos que circulan en los medios de información de nuestro país, se viven momentos de una escalada de inseguridad, la cual se manifiesta en todo el ámbito planetario, de ahí que sea un tema pertinente.

Es conveniente iniciar con el análisis del concepto de agresividad, y es Jacques Lacan (1989) quien nos lo presenta, con su obra *La agresividad en psicoanálisis*: “Como parte de la estructura psíquica del sujeto, la agresividad es común a todos los seres vivos; en lo que se refiere al sujeto, se trata de una encrucijada estructural, como una tendencia correlativa de un modo de identificación que llamamos narcisista” (p. 263). Su existencia se explica a la par de la historia de la humanidad, a diferencia de la violencia, que tiene un origen social, por ser consecuencia de los lazos sociales que generan un malestar comunitario y que, por ese hecho, es capaz de asimilar, evitando desbordar los causes de una neurosis ordinaria.

En tal sentido, René Girard nos habla de tres fuentes del padecimiento neurótico, ello desde la perspectiva de Sigmund Freud (1999), quien las puntualizó: “La hiperpotencia de la naturaleza, la fragilidad del hombre y las limitaciones de las normas reguladoras de las relaciones entre los individuos, con la familia, el Estado y la sociedad” (p. 85). Ahora bien, con las dos primeras existe una aceptación explícita por parte del ser humano, a pesar de los esfuerzos que se han hecho por controlar el destino de la humanidad, de aceptar la supremacía de la naturaleza y la debilidad de la fisiología humana. Esto lo lleva a poner énfasis en la tercera fuente, a pesar de que los resultados no han sido los esperados, lo que ha generado una sociedad con una carga de neurosis, por lo que es inquietante la visión que incorpora Freud (1999) en su texto *El malestar en la cultura*: “La relación entre los seres humanos, no solo gira en torno de la

cooperación y la satisfacción sexual entre ciudadanos, sino que se extiende a conductas de explotación laboral, abuso sexual, humillarlo, lastimarlo y llegar, incluso, hasta el asesinato” (p. 85).

En el mismo tenor, Donald Winnicott (1991), en su texto *Deprivación y delincuencia*, recomienda considerar la función del inconsciente, una de las principales aportaciones del pensamiento freudiano, pues considera que se deja de lado en la interpretación de las causas de los fenómenos analizados al momento de emitir sus juicios: “el hombre que siente, el hombre que intuye, lejos de excluir el inconsciente, siempre ha estado sometido a su influencia” (p. 136). De ahí que sugiere que se incluya como un principio que aportará claridad a los aspectos emocionales que condicionan la conducta en los jóvenes al momento de romper la normatividad social. Es pertinente señalar que la incorporación del inconsciente al análisis le permite a Winnicott sustentar su siguiente enunciado: “el delito provoca sentimientos públicos de venganza” (p. 137), esto hacia el transgresor. Irónicamente, la aplicación de la ley compensa dichos sentimientos de castigo al delincuente y la opinión pública queda satisfecha. Ahora veamos qué dice, en relación con el delito y su etiología, vista como una patología psicológica con raíces socioculturales...

1. LA RELACIÓN DE LA DELINCUENCIA CON LA CARENCIA DE VIDA HOGAREÑA

1.1. La génesis social del problema

En la sustentación que busca hacer Winnicott (1991) del inicio de la conducta antisocial, nos expone el siguiente axioma: “la relación entre los jóvenes con una conducta disruptiva y el desfavorable ambiente familiar” (p. 138). Recurre a los principios psicoanalíticos que enseñan que “las primeras etapas del desarrollo emocional están llenas de conflicto y de desintegración potenciales” (p. 138), y que el niño en sus primeros años de vida todavía no tiene estructurada su personalidad y su relación con el exterior no está lo suficientemente arraigada, por lo que no ha aprendido a manejar sus instintos. Además, el amor primitivo es en esencia destructivo, de ahí que, para lograr el desarrollo emocional, nos dice Winnicott, requiere un ambiente familiar estable y personal, que le evita el temor ante sus fantasías y sentimientos. No obstante, el autor se plantea el cuestionamiento en relación a cuáles serían los resultados si el hogar no cubriera dichas necesidades emocionales.

Por tanto, según Winnicott (1991), es así como el niño “al ver destruido el marco de su vida, ya no se siente libre” (p. 139). Así lo plantea, a diferencia del sentido común, que dice lo contrario, al considerar que la falta de un marco de referencia lo llevaría a la libertad absoluta. Sin embargo, el niño se convierte en un ser ansioso, en la búsqueda de un marco normativo que le proporcione seguridad fuera del hogar, sin la cual perdería la razón, en los amigos, tíos, abuelos, o instituciones como la escuela, la iglesia, etc.

A continuación, el texto plantea otro dilema: ¿qué es un niño normal? Un niño estable actúa sin freno, en función de la confianza generada por el padre y la madre: rompe, destruye, se apropia de lo que está a su alrededor y verifica la estabilidad que le rodea, ya que desarrolla una capacidad para controlarse, lo que se denomina “ambiente interno”. Este busca encontrar buenos espacios sociales, le genera un marco de referencia en su socialización. Un niño de conducta antisocial no ha desarrollado un buen ambiente interno, y al no encontrarlo al interior del hogar lo busca fuera; se ha convertido en un niño carente. Pero, ¿cuál es la relación en términos psicoanalíticos entre la conducta antisocial y la relación familiar?

En dicho sentido, Winnicott (1991) razona que cuando el pequeño se apropia de un bien ajeno, busca recuperarlo, como una simbolización de la figura amorosa materna, ya que considera que lo perdió, que le pertenece, añadiendo que cuando el robo es fuera del hogar, producto de una mayor frustración, con su accionar está buscando la figura del padre, que ponga fin a dicha conducta antisocial, recuperando sus impulsos primitivos de amor, su sentimiento de culpa y su deseo de reparar. Ahora bien, la aparición de la delincuencia conlleva de igual manera la posibilidad de reparación, ya que su manifestación implica una esperanza, tal como se lee más adelante en el artículo; es como un llamado de atención de un menor que está necesitando crear una estructura que controle sus impulsos naturales, lo que posibilita que incluso a edad más avanzada se pueda crear esa estructura de confianza en el pequeño, esto de acuerdo a algunas experiencias vividas por Winnicott durante las guerras en Europa.

Respecto a los jóvenes considerados antisociales, Winnicott identifica dos formas de generar confianza en ellos. La primera es mediante terapia psicoanalítica, la cual, a la larga, le parece insuficiente, ya que sin un ambiente estable no se lograrían los resultados esperados, y la segunda sería incorporarlos a un ambiente sano, que les permita compensar la falta de dicha estructura afectiva carente en su desarrollo psíquico. Interrogado por esta realidad y sus consecuencias, incorporamos a continuación el aporte teórico del Dr. Luis Hornstein (2020), quien en su trabajo *El superyó y lo histórico -social* señala:

No hay en el ser humano una facultad “natural” que le permita distinguir entre el bien y el mal. La ética no es innata, sino adquirida. Le es impuesta al niño por un dictamen exterior, que paulatinamente irá haciendo suyo. Se somete porque es débil. Se somete cuando lo instan a controlar sus esfínteres. Los padres bajan línea. A veces como vicarios de leyes que están en la cultura (controlar los esfínteres), a veces como déspotas caprichosos.

En el mismo espacio, sobre su análisis acerca de la construcción del superyó, el Dr. Hornstein continúa diciendo:

No es una abstracción, es una constelación estructural, alberga la conciencia moral, la autoobservación y el ideal del yo. El superyó contiene multitud de voces, miradas, personajes significativos. Es la internalización de deseos y tabúes, anhelos y prohibiciones. Día a día va haciéndose cargo de mundo externo y, particularmente, de los valores de la cultura. El niño y el adulto necesitan ser amados por su superyó, como también necesitan ser amados por las personas de su entorno y necesitan que sus logros sean respetados por la cultura (o por su microcultura).

Así las cosas, en esta dualidad de pensamientos, dichas conductas pueden ser englobadas en la inquietante tesis freudiana del asesinato del padre, la cual nos asigna un historial de crímenes en nuestros antecesores, al considerar que llevamos en la sangre el gusto por matar, idea que Freud (2000), en su intercambio epistolar con Albert Einstein, pretende sustentar con la siguiente aseveración: “Ni la educación, ni la cultura, –y mucho menos la amenaza de castigo–, pueden contra las malas inclinaciones del hombre” (p. 297). Dicho intercambio se corona con una angustiada pregunta: ¿qué se puede hacer para evitar la guerra? Con este cuestionamiento abordamos el siguiente tema, que nos habla sobre la violencia en la sociedad actual, añadiendo una opción optimista desde la perspectiva socrática...

EL DIÁLOGO COMO INSTRUMENTO CONCILIADOR

Ahora bien, partiendo del axioma de la agresividad como parte de la estructura psíquica, vale la pena incorporar la idea del diálogo y la negociación, que propone el maestro griego Sócrates, como un instrumento de conciliación. Así lo comparte Lacan (1989) en su informe de 1948: “El diálogo parece en sí mismo constituir una renuncia a la agresividad; la filosofía de Sócrates ha puesto siempre en él su esperanza de hacer triunfar la vía racional” (p. 99). Por tanto, retomando la idea de Freud, consideramos que hoy la violencia está condicionada por elementos socioculturales particulares, pero sobre todo por un sistema económico voraz e insaciable que se basa en un discurso ideológico capitalista, diseño que ha sido puesto en jaque constantemente por una realidad violenta que nos muestra las débiles relaciones sociales establecidas, tal como lo considera Freud en su tercer axioma.

En la misma línea de pensamiento, Ulrich Beck (2002), con su teoría de la sociedad del riesgo global, nos habla de la etapa histórica del Modernismo, como un movimiento que generó expectativas de orden, progreso y amor, que consideraba que con el avance de la ciencia y la tecnología el ser humano lograría la felicidad y el desarrollo individual, y que desembocó en un estado de desengaño y frustración que ha caracterizado al periodo del Posmodernismo. Este estado general de inconformidad, que se manifiesta en

la inseguridad que hoy se vive, como una secuela palpable de regresión, puede ser puntualizado de esta manera: época de goce sin límites, con una actitud de confianza irreflexiva, que se contrasta con un estado de vulnerabilidad tanto individual como colectiva. ¿Pero qué medidas han tomado los grupos en el poder a esta hiancia colectiva? La respuesta ha sido tomar acciones represivas contra grupos minoritarios, ya sea por manifestar conductas religiosa o sexuales diferentes o por un matiz étnico o su lugar de origen, etc.

UN NUEVO MALESTAR SOCIAL: LOS DESPLAZADOS DEL SISTEMA

Estamos ante un malestar social: el de los apartados de los beneficios de un sistema económico que se caracteriza por ser excluyente. Los ahora llamados trasgresores sociales o criminales, dentro de un esquema comunitario conformado por gente buena y su contraparte (los malos), son estigmatizados como parte de la enfermedad social, para así identificarlos y separarlos de aquellos que han introyectado la ideología de mercado y se saben parte de ella. Esta patologización del ser social busca su legitimación epistemológica desde disciplinas como la biología, la genética y las neurociencias, todo esto en aras de limitar la singularidad del hombre, con el fin de integrarlo a una masa uniforme en sus actos y sus goces. Así lo señala Girard (1972):

Todo se evalúa, programa, estudia y clasifica para que el individuo generalizado pierda su singularidad de sujeto y se integre como un objeto entre los otros, porque tranquiliza identificar a los objetos claramente en la medida en que las sociedades modernas tienden hacia la uniformidad de los goces (p. 59).

Ahora bien, es pertinente mencionar que estos resultados que separan a la comunidad y la familia van conformado una suerte de comunidad de excluidos, que mediante la ideología del mercado nos lleva a un estado de infantilización del sujeto. Dicho planteamiento teórico lleva a cuestionarse por qué se dispara la violencia.

La incorporación al sistema mediante el consumo de *gadgets* de compra y tira genera la ilusión de llenar la hiancia colectiva como una forma de goce, de complementariedad, resultado de un vacío existencial. Pero lo preocupante es cuando se carece de tal mercadería; es ahí cuando surge la frustración que dispara la violencia, la misma que produce un lazo social entre aquellos que la padecen: los desplazados que viven la precariedad de manera cotidiana. En relación con dicho fenómeno social, Girard (1972) aclara

que no es un fenómeno de reciente aparición, ya que dicho malestar emocional estuvo presente en diversas épocas de la historia de la humanidad, por ejemplo, la Edad Media.

El estudio de la problemática a lo largo de la historia por David Nieremberg (2001) permite conocer el trasfondo de la función que cumple la violencia como un elemento de estabilidad social entre los diversos grupos que comparten un espacio geográfico. Lo primero que señala es que la convivencia de los grupos no necesariamente tiene que ser armónica. La misma violencia, en ciertas circunstancias, logra una estabilidad –precarizada– que le permite al grupo dirigente el monopolio de la violencia conservadora, administrándola en su beneficio, todo ello para mantener el *statu quo*. Como complemento, Girard (1972) puntualiza: “Erradicar por completo la violencia es imposible por el simple hecho de que, para combatirla, ha de emplearse la violencia, con lo cual se realimenta a sí misma, y el proceso se convierte en interminable” (p. 12). Precisamente esto es lo que ha traído como consecuencia la aplicación de medidas persecutorias contra ciertos sectores de población, carentes de los elementales derechos que les correspondan.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Finalmente, regresando a las causas que generan la violencia, el mismo Girard (1972) comparte que el desconocimiento de la etiología de la conducta violenta, como parte de la estructura psíquica humana y de la influencia de factores socioculturales, permite aceptar dichas causas desde una visión moral, ya que este enfoque reduccionista impide un análisis más riguroso, lo que legitima la aplicación de una violencia objetiva y subjetiva, tanto simbólica como sistémica, de carácter correctiva por parte del Estado, como señala Slavoj Žižek (2009). La primera premisa que tenemos que aceptar es que la agresividad forma parte de la estructura psíquica del ser humano. Al igual, la aplicación mediante una carga ideológica perversa caracteriza de terrorismo a aquella que estigmatiza a las minorías precarizadas que están alejadas de los privilegios de un sistema capitalista voraz e inhumano y que muestran una actitud contestataria ante la violencia institucionalizada.

Hoy estamos ante una panorámica internacional desigual en términos de derechos y posibilidad de desarrollo, donde los medios de difusión con una carga ideológica llena de trampas han criminalizado las luchas populares, en una dicotomía de buenos contra malos. La lectura de estos materiales mediados por el psicoanálisis da luz a muchas interrogantes... tenemos mucho que entender.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Beck, U. (2002). *La sociedad del riesgo global*. Madrid: Siglo XXI.

Freud, S. (1999). *El malestar en la cultura*. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (2000). *De guerra y muerte. Temas de actualidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Girard, R. (1972). *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama.

Hornstein, L. (2020). *El superyó y lo histórico-social*. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/287864-el-superyo-y-lo-historico-social>

Lacan, J. (1989). *La agresividad en psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Nieremberg, D. (2001). *Comunidades de violencia. La persecución de las minorías en la Edad Media*. Barcelona: Península.

Winnicott, D. (1991). *Deprivación y delincuencia*. Barcelona: Paidós.

Zizek, S. (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Paidós.